

LA SOMBRA DEL CIPRÉS

Con Marguerite
Duras en 'El parque'

Menoscuarto publica, en el año de su centenario, una de las novelas cortas de la autora de 'El amante' [P2]



La memoria del deseo

Su infancia y su adolescencia en Indochina marcaron poderosamente la literatura de Marguerite Duras, que alcanzó con 'El amante' su mayor éxito mundial

Casi siempre, en la infancia, la madre representa la locura. Nuestras madres siempre

permanecen como las personas más locas y extrañas que jamás hemos conocido», dejó escrito Marguerite Duras. No es de extrañar que hablara así. Su infancia y adolescencia en Indochina, marcadas por la ausencia del padre –abandonó a la familia en la colonia para regresar a Francia con los hijos de un matrimonio anterior– y por el desapego de la madre –acosada por los problemas económicos– determinaron poderosamente su psicología e influyeron de manera decisiva en su carrera. Tan pronto dulce como violenta, romántica como iracunda, la novelista, guionista y directora de cine nunca se terminó de desprender del todo de las vivencias que marcaron los primeros años de su vida.

A los 70 años, Marguerite Donnadiou, que había cambiado su apellido por el de Duras, en homenaje al pueblo del que procedía su padre, regresó a los recuerdos de su despertar a las pasiones y escribió 'El amante', tal vez no la mejor, pero sí la novela que supondría su mayor éxito mundial. El Premio Goncourt, los tres millones de ejemplares vendidos y la traducción a cuarenta idiomas de la obra dan cuenta de la extraordinaria fuerza narrativa de una historia arrancada de las mismas raíces de la memoria. Una historia teñida de autobiografía en la que recordaba su propia aventura, con 15 años, al lado de su amante chino –Lee en la realidad–, con el que mantuvo una tórrida historia de amor durante año y medio.

Es cierto que desde que regresó de Indochina, en 1932, con 18 años, la vida de Marguerite estuvo llena de peripecias, desde su pertenencia a la Resistencia francesa, donde cayó en una emboscada de los nazis y consiguió escapar con el concurso nada menos que de François Mitterrand, hasta su turbulenta militancia en el Partido Comunista francés, del que fue expulsada en 1955. Pero ninguna de estas experiencias le termina-



CARLOS AGANZO
blogs.elnortedecastilla.es/elavisador/

ron marcando tanto como aquellos años de vida en Oriente. De hecho, su primer hito editorial, después de sus dos primeras novelas, tuvo lugar en 1950 con 'Un dique contra el Pacífico', escrita igualmente sobre evocaciones de la niñez. Las memorias de Asia de Marguerite Duras le darían también para escribir, dieciséis años más tarde, otro de sus títulos emblemáticos, 'El vicecónsul', ambientado esta vez entre la India e Indochina, y que con el tiempo se transformaría en obra de teatro y en filme, con el título de 'India Song' (1973).

Mucho más célebre fue su guión para la película de Alain Resnais 'Hiroshima, mon amour' (1958), una de las piezas claves de la 'nouvelle vague' francesa: el fascinante diálogo de una pareja franco japonesa en el que la escritora hizo exhibición de toda su capacidad para seducir a través de la palabra, del silencio, del gesto y de la memoria; siempre en ese hilo indeleble que mantuvo con los días de su niñez y su primera juventud. Un asunto, el de la pasión amorosa en los límites de la sociedad, sobre el que aún volvería más adelante en 'El amante de la China del Norte', en 1991.

Amor y soledad, silencio y deseo, plenitud y alienación, en una mezcla muy personal que define lo más propio, lo más turbador, lo más vibrante de la literatura de Marguerite Duras. Memoria del deseo reelaborada, transformada, sublimada en el extraordinario oficio de la escritora. Crónica de la soledad compartida, al mejor estilo de Rainer Maria Rilke, desde los recuerdos de la adolescencia hasta las sensaciones más íntimas del presente: «La soledad –escribió Marguerite Duras– no se encuentra, se hace. La soledad se hace sola. Yo la hice. Porque decidí que era allí donde debía estar sola, donde estaría sola para escribir libros».

Escribir libros: ese trabajo al que la autora de 'El amante' dedicó su vida entera, y sobre el que nunca fue capaz muy bien de explicar en qué consistía: «Escribir –dijo en cierta ocasión– es intentar adivinar lo que uno escribiría si escribiese».

«Amor y soledad, silencio y deseo, definen lo más vibrante de la literatura de Marguerite Duras»

«Escribir –dijo en cierta ocasión la novelista– es intentar adivinar lo que uno escribiría si escribiese»



Breve tratado sobre la esperanza

'El parque', en la traducción de Carlos Barral, llega de nuevo a las librerías de la mano de Menoscuarto



ANGÉLICA TANARRO



blogs.elnortedecastilla.es/calle58/@angelicatanarro/twitter.com

Una joven que trabaja como criada y un vendedor ambulante, el típico 'viajante', se encuentran casualmente en un banco de un parque, una de esas plazas ajardinadas que pueden encontrarse en cualquier zona de París, y entablan una conversación aparentemente insustancial. Ella 'no vive', solo espera el momento en que saldrá de esa situación que, de alguna manera, le parece 'irreal', espera el momento en que su vida cambie radicalmente. Será -ella está segura- el día en que se casará y formará una familia como el resto de las mujeres. Él, sin embargo, parece estar contento con su situación. Tiene un trabajo que apenas le da para subsistir modestamente y para ello tiene que viajar sin descanso. Apenas tiene nada aparte de sí mismo y de su maleta pero no ansía, o al menos él lo cree, nada más. Se conforma -casi sin ser consciente de esa conformidad- con su más que modesta forma de vida.

La charla, aparentemente banal, se va convirtiendo a medida que avanza en un pequeño tratado sobre la existencia. Y van apareciendo, apenas asomando, como quien no quiere la cosa, como quien habla del tiempo para llenar el vacío de un silencio incómodo, temas fundamentales en toda existencia humana.

Se trata de 'El parque' una novela corta (algo más de cien páginas) completamente dialogada y sin duda la más teatral de las que escribió Marguerite Duras. De hecho también se convirtió en texto para la escena y este mismo año, al tiempo que La Pléiade reeditaba todos sus libros, con motivo de su centenario, se representaba de nuevo en el parisino L'Atelier de la mano los actores Clothilde Mollet y Didier Bezace. La editorial Menoscuarto ha



querido sumarse a la celebración recuperando este texto, lúcido, desnudo y lleno al mismo tiempo de todas las cualidades que adornaron la literatura de una de las escritoras más célebres que dio el siglo XX en la vecina Francia.

Mujer libre, rompedora, independiente y cosmopolita, dotada, según quienes la conocieron de una energía contagiosa, que amaba el cine y el teatro tanto como la literatura, que en todos esos campos se movió con soltura, que militó en el Partido Comunista del que posteriormente fue expulsada –algo así como un signo generacional– que se crió en la vieja Indochina y ese cruce de culturas marcó para siempre su vida y su obra.

‘El parque’ es, como ya se ha dicho, un largo diálogo lo que, desde el punto de vista técnico es una de las dificultades de la novela, dividida en tres capítulos, cada uno de los cuales comienza con la misma frase: «El niño vino tranquilamente desde el fondo del parque y se plantó delante de la muchacha».

De la muchacha apenas sabremos su edad, veinte años, y que a juicio de su interlocutor tiene unos bellos ojos. Del aspecto físico del protagonista menos aún. No hay nombres, no hay datos, el cielo está a ratos nublados, a ratos más luminoso, está a punto de llegar el verano. Solo son dos seres solitarios (solos como la mayoría de los personajes de Duras, aunque aquí la soledad parezca menos terrible) que hablan sin parar, pero que también podrían no hacerlo. Hablan porque sí, para distraerse, les resulta agradable,



EL PARQUE

Marguerite Duras. Editorial Menoscuarto. Traductor, Carlos Barral. 128 páginas. 13,50 euros.

«En la novela, no hay datos ni descripciones, tan solo la charla de dos solitarios»

pero en su charla se deslizan las espinas en las que se engancha toda vida humana.

Aparece, sin ir más lejos, esa especie de obstinación que padecen algunas personas empeñadas en postergar su ‘comienzo’ de vida:

«–Sí, seguro que sí. Uno piensa que no pasa nada y, en cambio, ve usted, yo creo que lo más importante que le habrá ocurrido en su vida es precisamente esa obstinación que pone ahora en no vivir aún», le dice en un momento dado el hombre a la mujer.

La vida misma, su ‘inutilidad’ o su ‘trascendencia’, centrada en el hecho mismo de la existencia incontrolable. El éxito y el fracaso, dos términos tan aparentemente claros como resbaladizos:

«–La verdad es que triunfar nunca me ha preocupado demasiado, nunca he visto muy claro lo que esa palabra podría significar aplicada a mí; a lo mejor esa es la causa de todo. Por otra parte, ve usted, a mí no me parece que mi oficio sea insignificante», insiste el viajante.

Evolución

Marguerite Duras (Gia Dihn, Vietnam, 1914-París), escribió esta novela en 1955, el mismo año en que fue expulsada del Partido Comunista. Para entonces ya había escrito ‘Les impudents’ y ‘La vie tranquille’, dos textos alejados del que posteriormente sería su estilo, y había vivido la desazón de la desaparición de su marido tras la Guerra Mundial y la experiencia de su regreso que después relató en ‘El dolor’. Quedaba lejos aún ‘El amante’ novela que publicó en 1984, por la que recibió el premio Goncourt y la que le puso en la nómina de las celebridades literarias.

‘El parque’ muestra su evolución hacia el ‘nouveau roman’. El aroma de ese movimiento está ya en su peripetia dialogada, como está, en su tensión contenida, el tinte existencialista que alcanzó a todos los campos de la creación después de la guerra.

¿Es mejor tener un plan en la vida, no mirar alrededor, sacrificar cada momento presente para no distraer la espera de lo que habrá de venir, de lo que se desea? ¿Es preferible, por el contrario, aceptar las cosas como vienen, no preocuparse por el mañana, no tener ni siquiera en cuenta la posibilidad de un cambio? ¿Cuál de las dos posturas antagónicas que representan los dos personajes de la novela es mejor antídoto contra el dolor o el vértigo de toda existencia?

A veces no tener esperanza es la mejor manera de gestionar la esperanza, parece decirnos la escritora. Y la esperanza, como la soledad, es el tema central de esta obra felizmente recuperada.



▲ Dos momentos en la vida de Marguerite Duras. A la izquierda, su imagen más conocida. A la derecha, de joven con su gato. :: DABAGHIAN JACK / REUTERS

«Tú no has visto nada en Hiroshima, nada»



Director de cine y de teatro y escritor

Le dice el amante japonés a la actriz francesa, con quien pasa la noche. Yo he visto todo en Hiroshima, responde ella, he visto el hospital, los reportajes, he visitado el museo, conozco el número de muertos y heridos... «Nada, no has visto nada», insiste su amante.

‘Hiroshima, mon amour’ (1959), la película de Alain Resnais con guión de Marguerite Duras, (la escritora de 45 años que había publicado ya siete novelas, la última ‘Le Square’ en 1955), señala un lugar de encuentro. Texto literario y relato cinematográfico se funden para dar cuenta de la literatura y el cine que cabe permitirse después de la devastación de la II Guerra Mundial, un cataclismo con categoría de apocalipsis.

Era preciso volver a contemplar la vida con otros ojos. La vida, o lo que de ella quedó después de la catástrofe; el

tamaño de la destrucción y las cifras millonarias de la matanza alcanzan el macabro prestigio del horror absoluto por la pareja de novedades con las que el conflicto bélico garantizó su macabra originalidad: los campos de concentración y la bomba atómica.

Se había producido un vacío y el arte debía reaccionar ante lo que podía llamarse ‘el campo semántico de la nada’, una tierra de nadie que recibió distintas respuestas. Si el neorealismo italiano se preocupó de sacar la cámara a la calle para retratar la modesta existencia de sus gentes y los paisajes en ruinas, los novelistas muy distintos agrupados bajo la etiqueta del Nouveau Roman, se enfrentaron al vacío con el afán de objetividad propio del etnólogo; también se reivindicaba la memoria como arma contra un olvido que, de producirse, sumiría a la humanidad en la indefensión y abriría la puerta al regreso de los dos ‘inventos’ fatídicos.

Alain Robbe-Grillet escribió sus novelas imponiéndose el rigor de un catálogo objetivo; el narrador renuncia a su omnisciencia para convertirse en un ojo tan impersonal y ‘objetivo’, nunca mejor dicho, como una cámara cinematográfica. Nathalie Sarraute hizo lo propio en el bu-

ceo íntimo, como si la misma cámara cinematográfica fuera capaz de zambullirse en el interior y allí captar sensaciones, pensamientos y deseos. Michel Butor tituló una de sus novelas ‘El empleo del tiempo’, cuya fluencia apresó también en el desarrollo de un viaje, aparte del intento de unir el reloj y el calendario en la crónica de los miles de litros de agua que se precipitan cada segundo en las cataratas del Niágara. Y Claude Simon recuperó las guerras helénicas como metáfora del espanto bíblico recién vivido.

Un autor menos conocido, Jean Cayrol, dio forma teórica al estupor de la posguerra. Había colaborado con Alain Resnais en el mediodrama ‘Nuit et brouillard’, sobre los campos de concentración, y fue en el largometraje ‘Muriel, le temps d’un retour’ cuando puso nombre al arte del momento. Habló primero de un ‘romanesque concentrationnaire’, formulación que se concretaría después en ‘Pour un romanesque lazaréen’. La novelística ‘concentrationnaire’, entendiendo por tal una narrativa que no pierde de vista la experiencia de los campos de exterminio, se precisa en la novelística ‘lazaréen’, un neo-



Tiempo de guerra: la escritura de la espera



Algo de 'lázaros'
masculinos y femeninos
tienen las criaturas
de Marguerite Duras

logismo que podría traducirse por 'lazariana' o 'lazaresca', en cuanto referida a Lázaro, el prototipo del resucitado, a quien Jesús devolvió a la vida según se relata en el evangelio de San Juan.

Algo, o mucho, de 'resucitados' tienen los supervivientes de la guerra terrible, una destrucción que podía haber acabado con el planeta. Y en este sentido, algo, o mucho, de 'lázaros', masculinos y femeninos, tienen las criaturas de Marguerite Duras. Se aferran a la existencia con una pasión enconada e insistente, una furia tenaz donde no cabe el convencionalismo, tampoco la moral. Cuando se impone la fidelidad, no viene regulada por una norma; actúa como una fuerza eficaz para combatir la ausencia, escuela secreta e insidiosa de la realidad de posguerra. La ausencia como constatación del vacío, el hueco de una pérdida, el estupor de la desaparición del ser amado a la que sólo cabe oponer una esperanza, la que se nutre de la violencia de la desesperación.

Los hombres y mujeres de Marguerite Duras necesitan hablar. Sus conversaciones no tienen la inmediatez de lo coloquial, ni se interesan por comparecer como la expresión de un carácter. Unos personajes

peculiares, de trato inconfundible y adictivo, que aparecen ante nosotros como seres próximos y reconocibles, aunque no respondan a la exigencia de la tipicidad; la criada y el vendedor ambulante se aceptan como tales figuras, que nos conmoverán por su lucidez, por su indefensión, por su desprecio de la felicidad, por su impudor a la hora de entregarse a una emoción súbita. «¡Qué bueno es estar con alguien alguna vez!», le dirá la actriz francesa a su amante japonés.

Diálogos sintéticos, frases cortas, directas, que reciben con igual facilidad el enunciado de un pensamiento y una efusión sentimental. Preferencia por la intemperie y sus variantes. El 'square', como se llama en París a un enclave urbano entre la plaza y el jardincillo, garantiza una intimidad que otras veces se procura en paisajes abiertos, un acantilado o una playa. Si el relato literario concentra la acción, el cinematográfico puede explayarse en una voz 'en off', especie de monólogo interior, utilizado en dos películas distintas, 'India Song' y 'Son nom de Venise dans Calcutta Desert'. Siempre con la pregunta de la francesa en Hiroshima: «¿Por qué negar la evidente necesidad de la memoria?»

El 11 de junio de 1944 Robert Antelme, su hermana Marie Louise y otros miembros de la Resistencia del grupo de la rue Dupin son detenidos por la Gestapo en París. Escapan a la redada otros como François Morland (Mitterrand), Dionys Mascolo y Marguerite Duras, que no iba a asistir a aquella reunión. Su cuñada Marie Louise será deportada a Ravensbrück y nunca regresará; su marido, Robert, es enviado en uno de los últimos trenes después del Desembarco de las fuerzas aliadas al campo de Buchenwald. Él sí sobrevivirá a la deportación. Comienza así en la vida de la escritora un tiempo inédito, visceral, el tiempo de la guerra, tan fundamental en su obra como el tiempo de la infancia o del deseo.

En su libro 'El dolor', publicado en 1985, Duras recoge el diario de los meses de la Liberación, cuando el regreso de los deportados supervivientes se dilata en un goteo interminable de listas de nombres en las que, día tras día, los que esperan abren o cierran definitivamente la puerta del regreso. El libro recupera para la literatura un cuaderno olvidado en su casa de Neauphle-le-Château, que junto a otros tres cuadernos, la autora había guardado en un sobre con el título 'Cuadernos de la guerra', textos que reviven una época crucial en la vida de Duras entre 1943 y 1949. Así lo reconoce en el prefacio del libro cuando declara el espanto que le produjo encontrar y leer ese cuaderno, testimonio de lo que nunca supo nombrar y que marcó definitivamente su vida. No recuerda cuándo escribió ese diario pero no cree haberlo escrito como tal, es decir, en el día a día de la espera de las noticias que confirmarían si su marido había resisti-

**BELÉN
ARTUÑEDO**



Poeta y profesora de
Filología Francesa de la Uva

do o sucumbido en el campo de concentración. Más tarde dirá haber escrito ese «desorden fenomenal del pensamiento y de los sentimientos» en las clínicas de reposo para deportados en las que Antelme volvió poco a poco a la vida.

No pudo ser un diario porque el tiempo de la espera suspende la escritura, impide el pensamiento que se verá usurpado por la convulsión y el desgarrar: «Esto ya ni siquiera es pensar, todo está suspendido», escribe Duras, «Ya no existo al lado de esta espera». No puede escribir porque no hay relato ni verdad, solo se siente existir en la punta del tiempo en la que se encuentra, en el dolor físico y moral que transforma el cuerpo: la espera tiene boca, pulso, sienes, vómitos, frío; se desliza en el reloj de arena cayendo en la angustia de esa fosa en el que el sueño arroja a la autora sobre el cadáver de su marido tantas noches.

En el relato de la búsqueda de información sobre el paradero de los deportados, la percepción del tiempo es lenta y opresiva; la sensación de no saber dónde ir para poder soportarse a sí misma se traduce en frases pausadas, en una observación casi aséptica de la lentitud con la que llegan a Orsay los supervivientes; las palabras nombran los sentimientos sin atropellarse y traducen el instante suspendido del saber.

Ese instante se precipitará el 24 de abril de 1945 a las 5 de la mañana: dos prisioneros que

han regresado afirman que Robert está vivo. Comienza entonces la espera del regreso, cuando otros esperan la paz: «Los que esperan la paz, no esperan», escribe la autora. Ha comenzado el relato pero continúa el abismo del fragmento incompleto. Casi un mes después Antelme regresará de Dachau: «Mi identidad se ha desplazado» constata Duras, entregada a una espera no tan diferente en la percepción del tiempo suspendido, sumida ahora en el dolor de la esperanza, en la pasión de devolverle a la vida. La crónica de este tiempo de guerra termina con la recuperación de Antelme y la mirada de mutuo entendimiento que vertebrará, como tantas otras cosas vividas juntos, el amor y la lealtad profunda que ambos se profesaron siempre, desde el encuentro del amor-deseo, los años de convivencia en la casa de la rue Benoît junto a Dionys, hasta la separación.

Otros instantes que marcaron su vida, como la muerte de su hermano pequeño y la de su primer hijo nada más nacer, consignaban el dolor en el pasado, un dolor vivido como un lugar al que regresar; sin embargo, el dolor del tiempo de la guerra, lleva a la soledad sin escritura, a un tiempo suspendido sobre el abismo de la locura. Cuando le preguntaban por qué escribir, Duras nombraba su soledad: la escritura es la duda habitada por la soledad que no se abisma en la locura. Y esta duda obliga a la desnudez moral.

En la coincidencia del centenario del nacimiento de Marguerite Duras y del 70 aniversario del principio del final de la II Guerra Mundial, la lectura de 'El dolor' enraza el pasado en el presente más actual, nos habla del tiempo inagotable de nuestra espera y de nuestras dudas.

